



Una cita
INOLVIDABLE

LENA LUXE

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[Trigger](#)

[Sinopsis](#)

[UNA CITA INOLVIDABLE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Contacto](#)

[Otros títulos](#)

[Recomendaciones](#)

[Documento sin título](#)

[Documento sin título](#)

UNA CITA INOLVIDABLE

Primera edición: Abril 2024

Copyright © Lena Luxe, 2024

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Los relatos de Lena Luxe incluyen contenido de carácter sexual y lenguaje explícito.
Son solo para adultos.

SINOPSIS

Marta decide salir de su rutina y atreverse a tener una cita *online*. Se descarga una app de encuentros y muy pronto da con un *match* prometedor.

No pierden demasiado el tiempo. Quedan esa misma tarde para tomar algo en un bar del que nunca había oído hablar. Pero la desilusión de Marta se manifiesta cuando ve que el hombre que tiene ante ella no le interesa nada.

Sin embargo, hay alguien más en ese bar que sí llama poderosamente su atención.

Y ese alguien está dispuesto a que su tarde dé un giro de 180 grados.

**UNA CITA
INOLVIDABLE**

LENA LUXE

CAPÍTULO 1

No podía creer que estuviera haciendo esto. Deslizaba mi dedo sobre la pantalla de mi teléfono, mirando los perfiles una y otra vez. Finalmente, lo encontré: un hombre con una sonrisa encantadora y un mensaje ingenioso que captó mi atención.

Hablamos durante unas horas mediante el chat aquí y allí, a medida que transcurría la mañana, y finalmente acordamos encontrarnos en un bar de la ciudad esa misma noche.

El motivo por el que no podía creer que estuviera haciendo eso era porque siempre había renegado de las citas *online*. No es que tuviese algo particular en contra, simplemente prefería dejarlo todo en manos del destino. Debo ser una romántica, no lo sé.

No le conté nada a nadie, a pesar de que Verónica, mi compañera en el laboratorio en el que trabajo, estaba siempre ávida por saber de mis andanzas sentimentales. Ella tenía una pareja estable desde hacía siglos. Llevaba unos veinte años con su novio del instituto, así que cualquier devaneo ajeno le daba la vida.

Pero decidí que me guardaba para mí lo de mi repentino pretendiente virtual. Así, si salía mal, me ahorraría tener que dar explicaciones o peor aún; admitir un sonoro fracaso (otro más).

Esa tarde, después del trabajo, me fui a casa sin entretenerme. Me preparé meticulosamente, eligiendo un bonito vestido con algo de escote que aún no había estrenado. Me maquillé los labios con cuidado, con un toque extra de labial rojo.

No conocía el bar que él había propuesto. Se llamaba *Cluster*. Llamé a un Uber y llegué en unos cinco minutos. Cuando entré mis nervios estaban en pleno apogeo. Di unos pasos, inquieta, sin saber muy bien qué hacer. No sabía si esperar fuera, junto a la puerta, o si acercarme a la barra y pedir una bebida, o si instalarme en una de las mesas al fondo del local.

No estaba muy lleno, y enseguida supe que era el sitio perfecto para una cita de ese tipo. Era tranquilo, la música estaba a un volumen decente y la iluminación era suave y cálida.

Decidí sentarme en una de las mesas y esperar. Consulté la hora en mi móvil. Había llegado cinco minutos antes de tiempo. A lo mejor eso había sido un error, ya que no me dejaba mucho margen de escapatoria. Cosas de novata, supongo.

Cuando entró en el bar lo reconocí enseguida. Y casi al mismo tiempo, algo en mi interior se apagó.

No, pensé. No es para mí.

Admití con cierta desilusión que aquel no me encajaba.

Esa forma de caminar... y estaba demasiado delgado.

Siempre comentaba con mi compañera Verónica, medio en broma, que jamás saldría con un hombre que pesara menos que yo. Y no es que fuese muy voluminosa, más bien lo contrario. Recordé entonces que la única foto de cuerpo entero que había en su perfil era de él en la nieve, debajo de un abrigo grueso.

Otro error de novata.

Respiré hondo, y pensé que, al menos, pasaría un buen rato y tendríamos una buena conversación. Y quien sabe, tal vez me conquistase en otros aspectos. Siempre estoy dispuesta a dar una oportunidad a un hombre que me trata correctamente.

Se acercó a mí con una sonrisa un poco forzada. Su mirada tampoco parecía del todo interesada. Se presentó como Javier. Por un momento incluso dudé de si ese era su nombre.

—Marta —le contesté.

No.

No, no, no, no.

No era lo que esperaba. Me bastaron cinco minutos para constatar que no había chispa, ni esa conexión instantánea que yo había esperado y que en el chat sí me transmitió.

Traté de mantener la conversación fluyendo, haciendo preguntas sobre sus intereses y sus pasatiempos, pero sus respuestas eran breves y poco inspiradoras. A pesar de mis intentos de encontrar algo en común, parecía que estábamos hablando en dos idiomas diferentes.

A lo mejor me esforcé demasiado. Intenté encontrar un tema de conversación que nos uniera, pero cada intento fue recibido con un murmullo de aprobación y luego un incómodo silencio. A medida que pasaban los minutos, me di cuenta de que esta cita pasaría a los anales de mi historia como algo insípido y mediocre.

No es que tuviese grandes expectativas, pero allí sentada, esperando que pasara un tiempo prudencial para poner alguna excusa y despedirme, me sentía decepcionada y desanimada.

O a lo mejor no sería necesario. Tal vez Javier, en algún momento, soltaría que tenía que irse temprano y me ahorraría la espantada.

—Bueno, es jueves, así que...¿te apetece otra? —preguntó al cabo de un rato.

No me dio tiempo ni a contestar, porque estaba claro que él sí se iba a tomar una segunda cerveza.

Mierda, pensé. Parece que esto se va a alargar.

—Y creo que en un rato tendré hambre —dijo riéndose.

Dios, empezaba a caerme mal. Eché un vistazo a mi alrededor, buscando la salida instintivamente mientras

Javier levantaba el brazo para llamar la atención del camarero.

Mis ojos recayeron entonces en él. Era alto y fuerte —justo mi tipo, y exactamente lo contrario que Javier—, con una barba perfectamente recortada y unos ojos oscuros, de esos que te desnudan con solo mirarte. A pesar de que era mi acompañante quien se dirigió a él, su mirada se encontró irremediablemente con la mía. Fue como una corriente eléctrica. Me sonrió desde la barra. Su sonrisa era cálida y genuina, completamente diferente a la que había compartido con mi cita.

No parecía dispuesto a tomar nota de nuestra comanda a distancia.

—Voy enseguida —nos dijo, sin apartar la vista de mí.

CAPÍTULO 2

Javier debería estar muy ciego para pasar por alto la manera en que su presencia me fundió. De cerca ese hombre era mucho más atractivo. Enseguida cobré más conciencia sobre aquel bar. Me fijé en algunos detalles más. Para empezar él era el único camarero. El local había empezado a animarse un poco, y entonces me di cuenta de que eran casi las ocho.

Habíamos quedado a las siete y media. Solo había pasado media hora y parecía que llevase dos días allí metida. Una eternidad.

El tema era que ya no me interesaba tanto una posible escapatoria.

Tampoco me importaba demasiado que Javier notase que mi atención se había desviado del todo hacia nuestro camarero.

—¿Solo una cerveza? —preguntó.

Javier me miró.

Tardé dos segundos en reaccionar.

—Otra para mí. Sin alcohol.

—¿Nada más?

Negué con la cabeza.

—Gracias, Klaus —dijo Javier, despachándolo.

En cuanto se fue, le pregunté.

—¿Lo conoces?

—¿Al camarero?

Asentí.

—En realidad es el dueño del local. Lo conozco solo de venir por aquí de vez en cuando.

—¿Y se llama Klaus?

—Sí.

—Pero, ¿es de aquí? No tiene acento extranjero.

Javier se encogió de hombros antes de seguir con su cháchara insustancial.

—Tendrá una madre alemana o algo así. No sé, nunca le he preguntado.

Klaus volvió y dejó sobre la mesa nuestras cervezas. Me sonrió cuando se giraba, al tiempo que le daba la espalda a mi acompañante. Odié estar allí acompañada. *Espero que no piense que estamos juntos...* pensé. Sin embargo, tenía poca esperanza. Aquello parecía exactamente lo que era. Una cita. Una cita incómoda, pero cita al fin y al cabo.

Javier continuó hablando, y de repente ya no era aburrido. Era insufrible. Su conversación era superficial y sus gestos carecían de interés genuino. Pronto noté que no me hacía ninguna pregunta. Le importaba más bien poco cualquier cosa que tuviese que decir. Solo era él, hablando, explayándose.

Y para colmo había puesto su teléfono móvil sobre la mesa y no paraba de mirarlo.

—Ya sabes, los periodistas...siempre hemos de estar conectados. Por si surge algo —decía mientras revisaba su cuenta de Twitter. O “X”, o como quiera que se llame la red social de moda.

Casualmente, mientras él deslizaba el dedo por la pantalla el teléfono sonó. Apareció un nombre femenino como llamada entrante: Mónica.

Javier alzó las cejas y me preguntó:

—Creo que esto es importante. ¿Te importa si contesto?

—Claro que no, adelante —contesté, dando un largo sorbo a mi cerveza.

Con cualquier otro me habría molestado que el teléfono estuviese presente, pero en aquel momento agradecí perderlo de vista por unos minutos. En cuanto Javier salió del local desvié de nuevo mi atención hacia el camarero. El local había vuelto a vaciarse un poco. En aquel momento solo había otro cliente, que esperaba a que le sirviesen una cerveza de barril.

Klaus empuñaba el grifo con mucho arte. Observé que se había remangado la camisa y que la dimensión de sus brazos podía apreciarse desde mi mesa, a unos seis o siete metros. Era perfecto, el hombre ideal. Me encantaba.

En cuanto sirvió esa cerveza levantó y me hizo una señal. No sé si era exactamente para que me acercara, pero eso fue lo que hice. Cogí mi botella y me dirigí a la barra.

—¿Está todo bien? ¿Te está molestando?

—¿Quién?

—Ese idiota —dijo, señalando hacia la puerta. Desde allí podía verse cómo Javier caminaba en círculos en la calle, al tiempo que gesticulaba.

Era arriesgado por su parte llamar *idiota* a uno de sus clientes habituales, pero no iba a ser yo quien lo rebatiese.

—No. Solo aburriéndome —contesté, extendiendo mi complicidad.

—No has ido al baño, ¿no?

—¿Al baño? No.

Qué pregunta más rara.

—Tenemos un protocolo, por si la cita no va bien...No es nada original, no soy el primero que piensa en eso. Pero está todo explicado en el baño de chicas.

—¿Un...protocolo?

Klaus suspiró.

—No sé si me estoy entrometiendo demasiado...lo que quiero decir es que por alguna razón que nunca he entendido mi bar se ha convertido en un sitio muy popular para citas...online. Citas de aplicaciones. Y a veces esos encuentros no van del todo bien. Y si no van bien ofrecemos a nuestras clientas una vía de escape...o podemos llamarlas por teléfono para ofrecerles si quieren salir de aquí por patas...

Solté una carcajada.

—Vaya, qué atento. Me parece un muy buen servicio, pero no creo que lo necesite. Javier es irritante pero inofensivo y puedo irme en cualquier momento. De todas formas...¿qué te hace pensar que esto es una cita?

Se lo preguntaba más o menos en serio, señalando hacia nuestra mesa vacía.

Su respuesta me dejó a cuadros.

—Porque viene aquí todos los jueves...con una chica distinta.

Dejé escapar una risita nerviosa. Miré hacia el suelo, comprobé que estaba bastante limpio, para ser uno de esos bares oscuros de copas perfectos para una cita con un desconocido.

—Supongo que eso no es asunto mío —le dije.

Extendió su mano por encima de la barra y yo me lancé a por ella.

—Soy Klaus. De nuevo, discúlpame si he sido indiscreto. Espero que al menos estés pasando un buen rato. Y espero volver a verte por mi bar...si es posible sin él.

—Klaus. Encantada. Yo soy Marta.

Agarró mi mano entre las suyas y no la dejó ir, o al menos dudó más de la cuenta en

devolvérmela. La llevó casi hasta sus labios, estuvo a punto de besarla, o eso quise pensar.

Se acercó un poco más y susurró:

—Si quieres un orgasmo, yo te lo puedo proporcionar. No uno, todos los que quieras.

—¿Perdón?

En ese momento Javier entraba de nuevo en el bar y me buscaba con la mirada. Klaus, al otro lado de la barra, me fundía con sus ojos. Los dos sabíamos muy bien qué había dicho, no era necesario que lo repitiese y, ni de hecho, que lo pensase.

Quería eso exactamente.

Lo que me había dicho.

Y lo quería ya.

¿Cómo iba a volver a la realidad de aquella mesa, plantarme delante de Javier y hacer como que aquella interacción no había pasado?

Lo que me había propuesto era atrevido y totalmente fuera de tono.

Pero me había encantado.

¿Tanto se me notaba?

¿Había visto cómo me quedaba mirando sus fuertes brazos? ¿Sus labios?

Volví a la mesa y me senté delante de Javier, que parecía algo alterado por su llamada. Ni siquiera me molesté en preguntarle si todo estaba bien. Parecía ofuscado, ofendido por algo.

—¿Tú tendrás hambre, Marta?

—¿Mmmmh?

—Que si quieres cenar algo.

¿Alargar aún más aquella pantomima de cita? Ni de coña. Miré mi reloj.

—¿Sabes qué? Debería ir yéndome. Mañana me espera un buen madrugón.

Torció el gesto. Era imposible que no se lo esperase. De hecho lo que me parecía alucinante es que él quisiera ampliarlo a una cena.

—Como quieras —dijo, admitiendo la derrota.

—Voy a ir un momento al baño, ¿vale?

—Entonces voy a pedirme otra cerveza.

CAPÍTULO 3

El motivo por el que quería ir al baño era muy simple: necesitaba recomponerme.

Me miré en el espejo. Tenía las mejillas enrojecidas, como si hubiese subido corriendo doce pisos por las escaleras.

Necesitaba refrescarme, aunque eso arruinara mi discreto maquillaje. De todas formas, me importaba un comino. Daba la noche por terminada. De hecho, había una mínima posibilidad de salvarla si de camino a casa me pasaba por el restaurante mexicano que había en mi misma calle y me zampaba un burrito con queso. O mejor aún, que me lo pusieran para llevar.

Coloqué la cara debajo del grifo y cuando me levanté, ahí estaba él, reflejado en el espejo.

Klaus.

Y no, no era una aparición. Era el dueño del bar, que me había seguido hasta el baño.

—No he podido resistirme —dijo—. No puedo resistirme. A ti.

—Estás loco. Por si no lo sabes, me esperan ahí fuera.

—Ese idiota no te importa lo más mínimo. He visto cómo me mirabas desde la barra. Me has fundido con esos ojos y después has entrado en el baño. ¿Cómo no iba a seguirte hasta aquí como un perrito?

Me apoyé en el lavamanos. Menos mal que no había nadie más. Era un espacio minúsculo. Había dos reservados para el wc, de manera que dos clientas podían usar el baño al mismo tiempo, aunque en ese momento estaba vacío. Eché un rápido vistazo a la puerta que comunicaba con el bar.

Nunca había hecho aquello.

No quería salir de allí, por supuesto que no. Estaba anclada al suelo y muy excitada. Acercarme a él y tocar sus brazos, recorrerlos hasta llegar a su cuello era lo natural, la reacción lógica de mi cuerpo.

Klaus me abrazó y empezó a besarme el cuello. Sus manos se posaron sobre mis nalgas, amasándolas un poco a través de la fina tela de mi vestido. No pudo contenerse, ni conformarse con ese tacto. Tenía que ser algo más directo. Piel con piel.

—¿Sabes una cosa? —murmuró junto a mi oído con la voz ronca—. No mereces esto. No mereces este sitio. Me gustaría tumbarte en mi cama esta noche...

En ese momento yo no estaba para pensar en logística, pero era evidente que, de alguna manera, Klaus iba a tener que atender su negocio lo que quedaba de noche.

—No puedo esperar tanto—le dije.

—Yo tampoco.

Era tan fácil como tratar de no intoxicarme con su atractivo, con su tacto, vivir la experiencia más excitante y sucia que tendría jamás, no contárselo nunca a nadie y no volver por allí a menos que él insistiese, o que me persiguiera hasta el fin del mundo.

Mientras yo contemplaba ese millón de posibilidades, Klaus me giraba sobre el lavamanos, y se agachaba para levantarme la falda del vestido y meter su cabeza debajo de la tela.

Todo estaba pasando muy deprisa, pero la puerta seguía sin asegurar. Cualquiera podría sorprendernos allí, haciendo eso. Y esa idea me excitó aún más. Me imaginé a alguna chica, tal

vez alguna camarera, apostada allí, sin saber si entrar, mirando cómo Klaus me poseía de una forma salvaje.

Señalé la puerta de uno de los reservados.

—Vamos allí. Ahí dentro.

Sentía mucho interrumpirlo porque estaba alcanzando mi clítoris con su lengua, pero el pudor me devoraba cuando el calor lo permitía.

Nos movimos con torpeza hacia el excusado. El hecho de que el bar hubiese abierto a las siete ayudaba a que estuviese mucho más limpio de lo esperado, pero francamente, estaba tan excitada que me hubiese dado igual la suciedad. Olía a lejía y ahora a sexo. Al deseo más primal, el deseo inmediato.

—Apoya las manos en la pared —me ordenó.

Iba a hacerlo. Iba a dejarme devorar por un completo desconocido, mientras otro hombre me esperaba fuera. O tal vez no. Si Javier tenía dos dedos de frente ya se habría largado cuando lograra salir de allí.

Apoyé la cara sobre las baldosas blancas y frías y estiré la cadera hacia atrás, ofreciéndosela a Klaus. La falda de mi vestido estaba enrollada en la cintura. Él retiró la tela de mis braguitas y la apartó en mi ingle. Observó durante unos instantes mis labios, inflamados y húmedos. Se lamió un dedo y acto seguido los palpó, buscando la hendidura exacta, el agujerito que lo esperaba con devoción.

Gemí como una auténtica poseída en cuanto me metió su dedo corazón, rugoso y grande. Traté de abrazar la pared, de arañarla, mientras me dejaba hacer de todo.

—No puedo más —le dije.

—Claro que puedes.

Me agarró de las caderas y acercó su boca sedienta. Empezó a lamer mis partes, de arriba a abajo, como si tuviese que dejarlas relucientes con su lengua.

—Cómo estás disfrutando, cabrón...—murmuré entre dientes.

Se rio.

—Espero que tú también. No sabes el placer que me da follarme a las mujeres que acompañáis a ese idiota de Javier. Dejaros temblando de placer...que os tiemblen las rodillas cuando salís por esa puerta y encontraros de nuevo con su cara...de idiota.

Me quedé petrificada.

Y lo peor de todo es que aquella sucia confesión me había calentado aún más.

¿Aquello pasaba a menudo?

¿Esto era algo... recurrente?

Se puso en pie detrás de mí. Yo seguía con los ojos cerrados, solo sintiendo, oliendo a sexo puro, escuchando el inconfundible sonido de una cremallera apremiante que se baja.

Me bajó la parte superior del vestido.

—He visto a leguas que no llevabas sujetador. Desde detrás de la barra se apreciaba. No hay nada que me ponga más cerdo que unas tetas libres, grandes como las tuyas, bamboleándose a través de la tela suelta...

Gemí.

Es que no hacía falta que aquel tipo me tocara. Su discurso inmoral y sucio me estaba llevando al borde del abismo. Todo lo demás me daba igual. No iba a volver a cruzarme con él en la vida —al menos no de forma voluntaria— así que me daba exactamente igual el recuerdo que conservase de mí para el resto de sus días.

—Eso es, pega esas tetas a la pared, deja que esos pezones calientes se enfríen un poco.

—Lámelos...por...favor.

No sé si estaba en condiciones de suplicar, pero ya me daba igual.

Busqué también su polla con mis manos, y al tocarla tuve que girarme para asegurarme del tamaño. Mientras, él sacaba un condón del bolsillo trasero de sus vaqueros. Le costó ponérselo. La goma no bajaba con facilidad, debido al grosor de su miembro. Me relamí con solo verlo. Antes de encajarse detrás de mis nalgas volvió a palparme con sus dedos, buscando el orificio exacto. Metió el dedo y lo movió arriba y abajo muy rápido.

—¡¡¡¡¡Aaaaaaahhhhh!!!! —grité.

—Estás muy lubricada. Pero no puedo dejar que grites, Marta.

Vaya, incluso se acuerda de mi nombre. Yo casi había olvidado el suyo.

Empezó a penetrarme. Agarró la tela de mi vestido y cubrió con ella mis pechos. Mis pezones, sensibilizados, se erizaron de nuevo, crecieron de tamaño al rozarse con la tela.

—Eso es, así, quiero ver cómo se mueven bajo la tela y después...

Klaus empezó a follarme. A entrar y salir de mi cuerpo como si ese fuera su sitio natural.

Todo era tan intenso que ni siquiera notaba aquella barrera entre nosotros. Pensé, totalmente desatada, que no me habría importado lo más mínimo que me follase a pelo, pero al día siguiente —o más bien en cuanto saliera por la puerta —agradecería el cuidado.

Nuestros cuerpos chocaron, sudorosos y por tanto, empezó el palmeteo.

Perdí la noción del tiempo mientras Klaus me daba lo mío desde atrás.

—Espera, espera —dijo entonces, como si yo llevase la batuta—. Vamos a cambiar de postura. Necesito verlas bien.

Dios mío, está obsesionada con mis tetas. Bueno, no con las mías, sino con los pechos en general.

Cerró la tapa del váter y se sentó. Miró hacia arriba. Estaba rojo de esfuerzo.

—Siéntate aquí encima y abrázate a mi cuello.

Se refería, obviamente a que me sentase encima de su polla erguida y brillante.

Sujetó el preservativo y yo me acomodé sobre él, bajando muy despacio. En cuanto me senté del todo me detuve unos instantes para calibrar su tamaño; lo llena que me sentía, la manera en que aquel tipo inesperado me había completado, en cómo se aseguraba de que cada uno de mis huecos húmedos estuviese bien servido...

Mis pechos quedaron a la altura de su cara. Bajó uno de los tirantes de mi vestido, dejando solo el derecho al aire. El izquierdo, sudoroso ya se me pegaba a la tela.

—Muévete —me ordenó.

Lo rodeé con mis manos y empecé a subir y bajar. Sus labios se engancharon al pezón que quedó libre. Empezó a lamerlo como un auténtico desesperado.

Yo gemía, gruñía, me retorcí...e ignoraba que al menos dos personas habían entrado y salido del baño mientras los dos estábamos allí encerrados, dale que te pego, incapaces de disimular lo que pasaba o de mantener las bocas cerradas.

Klaus empezó a gemir, exactamente igual que yo, y supuse que estaba a punto de alcanzar el clímax. Eso era una gran noticia, porque yo ya no podía más. Mi clítoris subía y bajaba por su mástil, rozándose también con su pelvis sudorosa; y mis terminaciones nerviosas iban a explotar si no me dejaba ir de una vez por todas.

—Voy a correrme —le dije, casi en trance, con los ojos cerrados.

—Sí, sí. Síiiiiiiiiii.

Juntó mis tetas con las manos y hundió la cara entre ellas.

Fue entonces cuando noté la presión volcánica de su sexo, y como se derramaba en mi

interior, cómo erupcionaba al alcanzar el octavo cielo.

Nos quedamos allí unos instantes, abrazados como si hubiese significado demasiado, como si existiese la posibilidad de una conexión aún más fuerte entre nosotros, a otro nivel, en otro plano de nuestras vidas.

Me separé de él con cuidado. Me giré para recolocarme la ropa. Él tardó unos segundos más en recomponerse. Salí yo primero y cuando comprobé que el baño estaba desierto llamé a la puerta.

—No hay nadie aquí —le dije, aunque dudaba que eso le importara.

Ni siquiera fui capaz de mirarme al espejo para ser testigo de mi renacimiento.

Abandoné el baño sin decirle nada, sin despedirme ni girarme ni una sola vez.

Salí del bar y me reencontré con la ciudad. Ni siquiera giré la cara para buscar a Javier en la mesa en la que lo había dejado.

Probablemente ya no estaba allí y de todas formas ya poco importaba.

Caminé hacia mi casa como en una nube, feliz con mi sucio secreto y mi temblor de rodillas; y extrañamente satisfecha ante la sensación de no haberle dado opción de volver a verme algún día, de que eso era ya algo que estaba solo en mis manos.

Me pregunté por el futuro.

Me pregunté si lo recordaría siempre, si sería capaz de retener ese orgasmo descomunal en mi memoria.

De si lograría algún día recrearlo entre mis piernas.

Haz clic en **“SEGUIR”** en [mi página de autora de Amazon](#) para recibir notificaciones sobre mis nuevos relatos.

También puedes apuntarte a mi lista de correo [aquí](#).

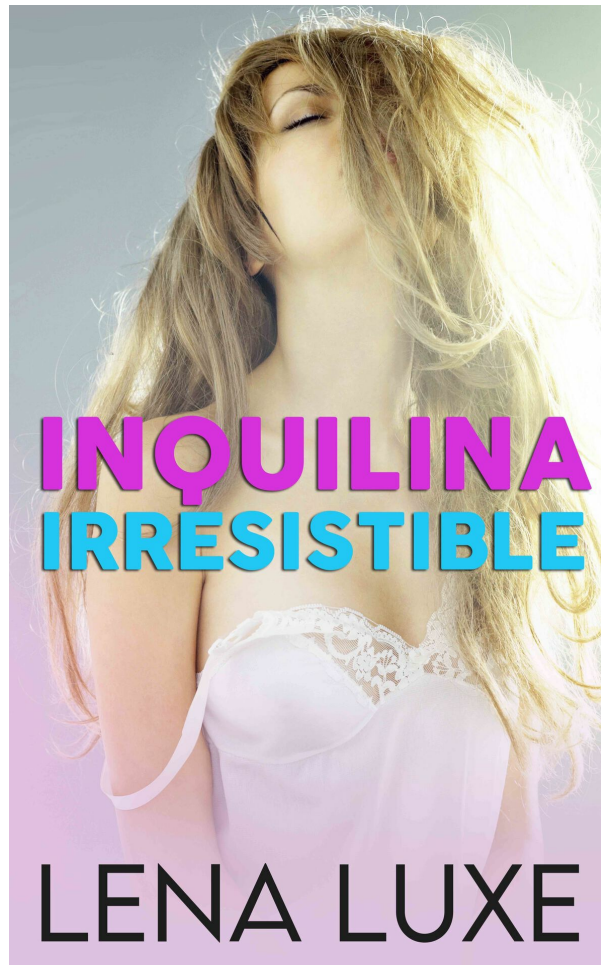
E-mail:
lenaluxeautora@hotmail.com

Títulos disponibles hasta la fecha:

El desconocido del metro
A solas con el director
Doble deseo
El hijo de mi mejor amiga
Homeless
Atraída por el profesor
Final feliz
Por fin sola con el comandante
Visita a la mansión
A oscuras
La mecánica del deseo
Juegos en la oficina
Inquilina irresistible

ÚLTIMAS HISTORIAS

INQUILINA IRRESISTIBLE



Raquel es una universitaria en apuros. Sus exámenes de matemáticas están a la vuelta de la esquina y tiene dificultades para pagar el alquiler.

Emilio es su atractivo casero, un hombre maduro que no duda en visitarla para reclamar los pagos y buscar una solución al problema...lo más civilizada posible.

Raquel decide seducirlo para ganarse sus favores, pero pronto descubrirá que quedarse en ese apartamento no es lo único que la motiva para subirse a su regazo. Tal vez Emilio sea el único hombre que puede proporcionarle la disciplina que necesita.

Y hasta ahora no sabía cuánto la necesita...

LA MECÁNICA DEL DESEO



Vera, una atractiva divorciada, tiene un problema con el motor de su coche. La deja tirada en la carretera, al anochecer, cuando acudía a visitar a sus amigos.

Pero confiar en la suerte tiene su recompensa, sobre todo cuando un joven y atractivo mecánico, David, se detiene para ayudarla. La atracción entre ellos es innegable, como también lo es el hecho de que su encuentro tiene fecha y hora de caducidad.

Se despiden allí mismo, en esa carretera, pero el mecánico le aconseja que revise a fondo el motor en cuanto pueda.

Y le deja su tarjeta...

JUEGOS EN LA OFICINA



Adriana no aguanta a Víctor. Considera que es un niño engreído que tiene que soportar de vez en cuando en la oficina y que además la pone extrañamente tensa.

Y ese lunes trae para ella las peores noticias. Ahora él forma parte del equipo y tendrá que verlo a diario. Adriana cree que se acostumbrará a su irritante presencia y, si no es así, bueno...tal vez será hora de buscar un nuevo empleo y cambiar de aires.

Pero Víctor tiene planes muy distintos.

Ella es el motivo por el que ha aceptado el trabajo.

Y quiere dejárselo muy claro... a solas, en el cuarto de los servidores.